La Amistad

Por JOSE VASCONCELOS

El licenciado Adolfo Valles, maestro de varias generaciones, penalista renombrado, espejo de limpias cualidades humanas, murió recientemente. "UNIVERSIDAD", en tributo a su memoria, reproduce esta página que José Vasconcelos le consagró en su "Ulises Criollo".

HABIA encontrado el amor y no abandonaba la amistad, aunque a menudo la hiciese a un lado urgido de dedicar toda la atención al milagro que estaba viendo. Adolfo Valles era mi confidente y amigo. Lo había sido desde los días agitados de las conspiraciones contra el porfirismo. Desde Jurisprudencia gozaba fama de lealtad, elegancia y valentía. Alto, flaco, enjuto de rostro, nariz grande, ojos dulces y ademán apuesto, era un tipo de mosquetero criollo del norte mexicano. Esgrimista y orador, durante muchos años mantuvo plaza de campeón de sable y de Presidente de Debates del Jurado Popular. Su talento despejado, su tolerancia y honestidad lo hacían insustituible como Juez. La afición de los paseos por el bosque nos había juntado. En la conversación era discreto lo mismo en asuntos de filosofía que en asuntos femeniles y mundanos. Una experiencia prematura y el trato de los buenos libros le habían dado equilibrio y benevolencia. Vivía resignado, después de dilapidar en placeres fáciles, primero la herencia del padre, después la de la madre. Escéptico en política, servía los cargos de gobierno con honradez y alimentaba la bella prole que le crecía cada año. Conocedor de hombres no se hacía ilusiones sobre la situación de la República. Colaboró en el porfirismo con lealtad, sin desconocer sus yerros y sin cortar amistades que, como la mía, de pronto se le habían vuelto comprometidas. Casi siempre la razón estuvo de su parte en nuestras discusiones. Por ejemplo, bajábamos una mañana por la calzada de Tacubaya, en vísperas del levantamiento maderista. Pasó don Porfirio en su carruaje, acompañado de dos ayudantes y saludó, como lo hacía cada vez que encontraba desconocidos o amigos. Respondió Valles cortésmente, levantando el sombrero, pero yo tomé la pequeña venganza de dejar sin respuesta el saludo. Lejos de excusarse ante mí, Valles me aleccionó sobre las ventajas sociales de la buena educación, remontándose a la batalla en que nació la frase: "tirad primero, señores ingleses". Ahora que me veía metido en disputas y controversias públicas, solía preocuparse y decía: "Tome clases de sable, así se librará usted a costa de un machetazo o de un rasguño, del más serio peligro de matar o ser muerto en riña". Y me dejé lle-

var a una célebre Academia, donde no persistí gran tiempo en la espada; en cambio, practicábamos a menudo el tiro de pistola y de rifle. Pero fiaba más en mi lema: nunca atacar sin razón y menos en los casos en que el motivo personal podía ofuscarme. Al triunfo del maderismo, Valles se me había eclipsado y tuve que rogarle para que aceptara un alto cargo que por consejo de varios amigos, le otorgó Madero. Sus antiguas relaciones estaban del lado contrario al nuestro; sin embargo, fué leal con nosotros en los días de la prueba.

De mañana temprano, en bicicleta o a caballo, recorríamos él y yo, solos o con algún otro amigo, las hermosas calzadas del bosque o los caminos luminosos de Mixcoac y San Angel. En la terraza del célebre hotel restaurante tomábamos un desayuno de frutas, café y mermeladas. Si era domingo el paseo se prolongaba toda la mañana. Otras veces nos juntábamos para el paseo de mediodía por Plateros. Juntos vimos cierta ocasión la silueta arrebatadora de Adriana. Iba vestida de negro ajustado, con una sola flor roja en el pecho. Un sombrero de encaje oscuro realzaba su palidez. La mirada altiva, distante, parecía ignorar el murmullo que su paso armonioso despertaba. Desde la acera de enfrente la contemplamos, iluminada por el día, hasta que se perdió entre la gente. Y Valles observó:—"Caramba, compañero, esto está grave; se ha puesto usted pálido de sólo mirarla"....

No compartía Valles mis pasiones políticas exaltadas, pero no dejaba de expresar su opinión franca sobre los hombres que amenazaban el porvenir de la República. Sus juicios serenos y justicieros dejaban una impresión noble y sedante. A lo gran señor arruinado conocía la vida desde todos sus extremos y no guardaba rencor ni al pequeño ni al grande... Una pereza ensoñadora le evitaba aprovechar para algún negocio, para un buen bufete propio, las oportunidades excepcionales que le brindaban el tener amigos en todos los bandos, sin faltar a la decencia de una conducta personal irreprochable. A no ser por sus hijos que asomaban al balcón media docena de cabecitas rubias gritando: Papá... , papá... , seguramente se habría quedado en un sillón, paralizado de la voluntad y gastando en charla amena las horas. De su época brillante le quedaba la afición del buen cognac. Solíamos tomarlo en el restaurante francés de moda, en grandes copas donde luce como un ámbar desleído.

No tenía más de treinta y siete años y ya se sentía en receso. Una ocasión lo encontré acicalado más que de costumbre, flor en el ojal del jaquet y fieltro bien planchado. Levantaba éste cada vez que pasaba y repasaba frente a un taller de modas. —"Fíjese, compañero, ¿verdad que está bien?"—y una linda empleadita sonreía ya que había pasado. Luego, cuando más tarde se le preguntaba el epílogo de sus devaneos, reflexionaba:—"A mí ya sólo me queda, como a los caballos de raza, el arranque."—Y una dulce pereza bondadosa lo envolvía en su halo.